

¡ENCUENTRA  
A DIOS  
CUANDO MÁS  
LO NECESITAS!



CHIP INGRAM

¡ENCUENTRA  
A DIOS  
CUANDO MÁS  
LO NECESITAS!



**CHIP INGRAM**

Editorial Mundo Hispano

# Editorial Mundo Hispano

7000 Alabama Street, El Paso, Texas 79904, EE. UU. de A.

[www.editorialmundohispano.org](http://www.editorialmundohispano.org)

¡Encuentra a Dios cuando más lo necesitas! Siente la presencia de Dios en tiempos difíciles. © Copyright 2014, Editorial Mundo Hispano. 7000 Alabama St., El Paso, Texas 79904, Estados Unidos de América. Traducido y publicado con permiso. Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción o transmisión total o parcial, por cualquier medio, sin el permiso escrito de los publicadores.

Publicado originalmente en inglés por Baker Books, a division of Baker Book House Company, Grand Rapids, MI, bajo el título *Finding God When You Need Him Most*, © copyright 2014, por Chip Ingram.

Las citas bíblicas han sido tomadas de la Santa Biblia: Versión Mundo Hispano, a menos que se indique lo contrario.

Copyright © 2002, 2007 by Chip Ingram. Originally published in English under the title: *Finding God When You Need Him Most* by Revell, a division of Baker Publishing Group, Grand Rapids, Michigan, 49516, U.S.A. All rights reserved.

**Diseño de la cubierta:** Jonathan Polasek

Primera edición: 2014

Clasificación Decimal Dewey: 242.4

Tema: Vida cristiana

ISBN: 0-311-47054-8

EMH Núm. 47054

6.5 M 8 14

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

# CONTENIDO

Reconocimientos 4

Introducción 5

1. Cuando enfrentes un trato injusto 9
2. En tiempos de crisis 33
3. Cuando te sientas como un don nadie que no va a ninguna parte 61
4. Cuando estés sobrecargado y deprimido 89
5. Cuando estés atrapado por el temor 121
6. Cuando lo eches todo a perder 145
7. En tiempos de confusión 175
8. Dios está contigo siempre 209

Notas 224

# Reconocimientos

Primero y más importante, quiero reconocer la benevolencia y gracia de un Dios soberano que permitió que el dolor, el sufrimiento y las dificultades llegaran a mi vida en momentos estratégicos para guiarme a una relación más profunda, rica e íntima con él mismo y su Hijo, el Señor Jesucristo.

También tengo una profunda deuda con mi esposa, Theresa, y nuestros cuatro hijos: Eric, Jason, Ryan y Annie por su amor, ejemplo y ánimo durante mis tiempos de necesidad.

Este proyecto habría sido imposible sin las contribuciones de Connie Neal, Neil Wilson y Vicki Crumpton, quienes me ayudaron a tomar grabaciones, bosquejos y manuscritos, y transformarlos en capítulos claros y confiables.

Personas más allegadas: Annette Kypreos, mi secretaria ejecutiva, y Sealy Yates, mi amigo y agente literario, ambos fueron protagonistas en tomar una “buena idea” y llevarla a la realidad.

Mi reconocimiento final es para aquellos que toman este libro en su propio “tiempo de necesidad”, y tienen un poderoso encuentro con Dios. Mi recompensa y gozo es saber que he tenido el privilegio de ser una parte pequeña de ese encuentro divino.

# Introducción

**E**ra una noche oscura, sin luna. Debe haber sido una noche de sábado, porque recuerdo estar sentado en el piso de la sala con mi esposa e hijos mientras doblábamos los boletines de la iglesia para el culto dominical. De repente, unos feroces ladridos explotaron en nuestra calle y unos pasos sonaron en el pasillo. Alguien golpeó nuestra puerta. Me puse de pie de un salto, corrí hacia la puerta y la abrí de golpe. Allí estaba parado Michael, un amigo de mis hijos mayores. Estaba sudoroso y respiraba con dificultad. Se veía como si acabara de ver un fantasma.

—¡Déjeme entrar! ¡Déjeme entrar! —rogó en un suspiro.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Hay un perro enorme. Me viene siguiendo. Me va a matar—.

El cuerpo de Michael se sacudió mientras giraba para mirar a su asaltante.

Para entonces toda mi familia estaba junto a la puerta. Los ladridos se hicieron más fuertes. Todos observamos, esperando al atacante de Michael. Cuando encendí la luz de la entrada, un pequeño perro quedó a la vista. ¡Su ladrido era mayor que su tamaño! Todos explotamos en risotadas.

Recuerden, estaba absolutamente oscuro. Michael pensó que corría peligro de muerte porque no podía ver nada. En el momento que una pequeña luz corrigió su percepción, él cambió. Se tranquilizó y reía avergonzado.

Recuerdo haber pensado en ese momento cómo nuestras percepciones siempre determinan nuestras acciones. Michael pensó que estaba en peligro; sintió *una desesperada necesidad* de encontrar refugio. Sabía que podía encontrar protección en nuestra casa, así que corrió hacia nuestra puerta.

Todos tenemos tiempos como ese. La mayoría de las personas corren hacia Dios, casi instintivamente. Aun las personas que no están demasiado seguras acerca de Dios. ¿Por qué? De alguna manera, en lo profundo sabemos, o al menos tenemos la esperanza, de que Dios será nuestro amparo.

Escribí este libro para animarte a refugiarte en Dios cuando:

Eres maltratado y la vida simplemente no es justa,  
estás atravesando una crisis o una transición  
importante en la vida,  
te sientes como un don nadie que no se dirige a ninguna parte,  
estás preocupado y deprimido,  
te sientes agobiado por el temor,  
echaste todo a perder,  
o estás confundido.

La Palabra de Dios, la Biblia, te permitirá ver tu situación de una manera diferente. Encenderá la luz de la entrada sobre tu alma para que puedas ver lo que está sucediendo realmente y lo que Dios querría que hicieras al respecto. Te lo digo directamente, Dios es *el* lugar al que debemos correr. Él es y siempre ha sido nuestro amparo, un lugar seguro donde las personas pueden refugiarse. Dios es real y está listo para abrir su puerta a todos los que lo buscan en tiempos de necesidad.

Cada capítulo en este libro apunta a una necesidad específica a la luz de uno de los Salmos, el cancionero del pueblo de Dios. Los Salmos son inspirados por Dios, de modo que proveen luz y verdad. Fueron escritos por personas reales que no escondieron sus emociones. Se animaron a traerle a Dios sus desesperadas necesidades. Cada capítulo apunta a una necesidad común a todos nosotros. Puede ser que tú no las hayas experimentado todas, pero es posible que en algún momento te suceda. Cuando estas necesidades invadan repentinamente tu vida, me gustaría que supieras dónde buscar en la Biblia para encontrar la verdad y el aliento. También destaco un aspecto del carácter de Dios que tiene relación con el tema. Conocerás a algunas personas especiales a lo largo del camino, quienes me han demostrado con sus vidas, en condiciones extremas, que ellos sabían que Dios estaba con ellos.

Mi deseo no es que solamente recibas conceptos frescos acerca de Dios, ni que te conformes con coleccionar historias de segunda mano acerca de la presencia consoladora de Dios. Lo que realmente quiero para ti es que te encuentres con el Dios viviente que se te revela. Esta es mi oración por ti al comenzar este viaje que haremos juntos: “Oh, Jehová, que abras sus ojos para que vea”.

He tomado prestada esta oración del viejo profeta Eliseo. Él la usó en una ocasión similar a la desagradable experiencia en la que se encontró Michael. Esta historia se cuenta en 2 Reyes 6:8-23. Eliseo y su siervo eran hombres “buscados”. El rey de Aram había puesto precio a sus vidas. Eventualmente alguien había revelado su ubicación al rey y este, por la noche, envió un ejército para capturar al profeta y a su asistente. Los soldados rodearon silenciosamente el pueblo donde Eliseo se encontraba. Cuando llegó la mañana, el siervo salió de la casa. Hacia cualquier lugar que mirara se encontraban jinetes armados. Carros, lanzas y espadas bloqueaban todas las vías de escape. Eliseo y su compañero estaban rodeados.

Sorprendido y asustado, el siervo llamó a Eliseo, “¡Ah, señor



mío! ¿qué haremos?” (2 Reyes 6:15). En lugar de responder a la pregunta de su siervo, Eliseo observó su terror. “Él le dijo: No tengas miedo, porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos”. Antes de que el siervo pudiera preguntar de qué estaba hablando, Eliseo elevó una oración: “Te ruego, oh Jehová, que abras sus ojos para que vea”.

“Entonces Jehová abrió los ojos del criado, y miró; y he aquí que el monte estaba lleno de gente de a caballo, y de carros de fuego alrededor de Eliseo” (2 Reyes 6:17). El asistente del profeta tuvo una percepción de la realidad completa. Aprendió una lección que Dios permite que cada uno de nosotros aprenda a lo largo de la vida: en la vida hay mucho más de lo que podemos ver. A menos que podamos aprender a esperar la presencia continua de Dios en cada momento de la vida, no seremos capaces de experimentar su presencia cuando más la necesitemos. Así que, otra vez, mi oración por ti al comenzar es: “Oh, Jehová, que abras sus ojos para que vea”.

# 1

## Cuando enfrentes un trato injusto

**H**ay momentos de nuestra vida que permanecen para siempre frescos en nuestra memoria. Como si fuera la escena de una película arraigada en nuestra alma, podemos rememorar con claridad sobrenatural ciertos eventos que tuvieron lugar hace años, tal vez décadas. Esta historia que les comparto es una de esas, un momento inolvidable y dramático de mi vida cuando el mundo me pareció absolutamente injusto. Ese momento me dejó tan destruido que estaba a punto de traicionar mi relación con Dios y renunciar a la vida cristiana. Pero Dios vino a mi encuentro en ese tiempo de necesidad como nunca antes.

Tenía veintiún años de edad y había tomado la decisión más difícil de mi vida. Luego de meses de lucha, elegí voluntariamente permitir que Cristo fuera el Señor de mi vida. Tomar esa decisión significó terminar la relación con una chica a la que amaba profundamente y que había asumido que un día sería mi esposa. Habíamos estado saliendo por más de dos años y habíamos hecho todo lo que

uno hace cuando va en serio en una relación. Había visitado a su familia en varias ocasiones, y ella había visitado la mía. Los dos éramos creyentes. Ambos amábamos a Dios y nos amábamos el uno al otro más que a ninguna cosa o persona que hubiéramos conocido.

Ella era hermosa. Nos sentíamos conectados. Llegamos a ser los mejores amigos. Ella era todo lo que había soñado que podía llegar a ser una esposa. Pero cuanto más hablábamos acerca de nuestra vida juntos, más claro se hizo un obstáculo inamovible en nuestro camino. El sueño que ella abrigaba en su corazón nos colocaba en una hermosa casa con un cerco blanco de madera, justo enfrente a la casa de su papá y mamá. Era hija única y muy apegada a sus padres. Tenía un profundo sentido de responsabilidad hacia ellos, y ellos estaban llegando a sus años de ocaso. En lo profundo de mi corazón yo sabía, desde entonces, que Dios quería usar mi vida de una manera que implicaría ir a cualquier lugar que me llamara, y cuando me llamara. A pesar de amarla tanto supe que no era la voluntad de Dios para mí que nos casáramos. La decisión de terminar nuestra relación en obediencia a la voluntad de Dios era el mayor sacrificio que me había sido pedido en la vida.

A pesar de que sabía que nuestra ruptura era lo correcto, era tremendamente doloroso. La decisión estaba muy clara en mi mente, pero mis emociones se negaban a alcanzar al resto de mi persona. Luego de la ruptura, quedé hecho pedazos por buena parte del año. Clamé a Dios para que cambiara su corazón. Recuerdo claramente sentarme en una colina al otro lado de su dormitorio y rogarle a Dios que permitiera que las cosas pudieran darse para que los dos estuviéramos juntos. No salí con nadie más; no quería. Oré y ayuné secretamente, con la esperanza de que Dios estuviera solo probando mi lealtad. Confiaba en que, así como había devuelto a Abraham a su hijo Isaac luego que había estado dispuesto a sacrificarlo, también me la devolvería. Seguramente, Dios recompensaría mi fidelidad, razonaba yo. En lugar de eso, Dios hizo lo impensable.

## El trato injusto

Era tarde y yo estaba cansado. Jugaba al básquetbol en el equipo de mi universidad y acabábamos de recibir una humillante derrota como locales. Estaba emocionalmente disminuido, físicamente fatigado y espiritualmente frustrado mientras trotaba los dos tramos de escalera de los vestuarios hacia la salida. Con mi cabello todavía mojado y mi chaqueta sobre el hombro miré hacia arriba para encontrar una visión que no había tenido frente a mí en meses. Parada al término de las escaleras estaba mi exnovia. Estaba esperando en nuestro punto de encuentro, junto a la valla donde siempre solía esperarme al término de los partidos como local. ¡Casi no podía creer lo que veían mis ojos! Instantáneamente pensé: “¡Dios respondió mis oraciones! Ella está allí parada esperándome, como en los viejos tiempos”. Mientras la adrenalina y el gozo fluían en mi interior empecé a hacer planes. Iríamos a comer algo, y entonces ella me contaría cómo Dios había cambiado su manera de ver nuestro futuro.

Cuando la distancia entre nosotros se fue acortando y mis ojos se encontraron con los de ella sentí que había algo diferente. Faltaba la sonrisa cálida, el paso hacia mí, el brazo en mi cintura; solo un incómodo “Hola, Chip”. Antes de que pudiera terminar de darme cuenta de lo que estaba ocurriendo, otro jugador de nuestro equipo hizo su camino por las escaleras, pasó rozándome y tomó su mano. El aire fresco atravesó las puertas abiertas y se arremolinó alrededor de mi cabello mojado y mi mente entorpecida. Miré en un sepulcral silencio mientras ella ponía su brazo sobre el de él y caminaban cruzando la propiedad de la universidad hacia la oscuridad de la noche. Entonces la realidad me golpeó. Ella no me esperaba a mí. Estaba esperando a otra persona. Y cuando las puertas de cristal se cerraron lentamente detrás de ellos, yo me sentí congelado en el tiempo.

Una oleada de ira se expandió desde las profundidades de mi alma. Las emociones me desbordaron, como proyectiles sacudiendo indiscriminadamente cada objeto a la vista. Pero rápidamente encontraron su blanco. ¿Cómo Dios pudo permitir que esto me sucediera luego del gran sacrificio que había hecho por él? Y de todos los jugadores en el equipo, ¿cómo Dios había permitido que iniciara una relación con él precisamente? Yo sabía cómo era ese tipo. Conocía sus intenciones con las chicas por la forma en que había alardeado de sus anteriores conquistas. ¿Y Dios había permitido que él atravesara aquella puerta con la chica que yo amaba?

Estaba furioso. Peor aun, me sentía traicionado. Mientras permanecía inmóvil junto a la puerta tuve una conversación mental con Dios: “Vamos a considerar esto una vez más, Dios. Terminé la relación con la hermosa chica que amo, la chica con la que quiero casarme, por mi compromiso contigo; ¡y esa víbora está con ella ahora! ¿Me la quitaste y permitiste que se fuera con él? Nuestra relación era lo mejor que me habías dado en la vida, ¿pero no puedo tenerla? ¿Y en lugar de eso él se queda con ella? ¿Y dónde está el cerebro de ella? ¿Qué está haciendo? ¡No lo entiendo!”.

Mientras cruzaba los jardines de la universidad, mi fiero enojo hacia Dios se endureció hasta transformarse en una actitud. Me pregunté si este Dios que había llegado a conocer era digno de mi confianza. Me estaba cuestionando seriamente si quería continuar con una relación con un Dios que recompensaba sacrificio y compromiso con injusticia y dolor. Este realmente podía ser definido como un tratamiento injusto. No se trataba solamente de perder la novia o de atravesar la inestabilidad de las relaciones que uno establece cuando es muy joven, esto era acerca del carácter de Dios, y si él era digno de confianza. Esto era personal, ya no únicamente entre ella y yo, sino entre Dios y yo.

Recuerdo haber murmurado para mí mismo, mientras transitaba el largo y solitario recorrido hasta mi dormitorio: “Me siento como

un animal. Me siento como una bestia. ¡Estoy tan enojado! ¿Por qué les va tan bien a las malas personas? ¿Por qué las personas que no caminan con Dios se quedan con todas las cosas buenas? Y, ¿por qué en lugar de recibir lo bueno cuando trato de hacer lo bueno, recibo lo peor? ¿Por qué la vida es tan injusta? Esto está mal. Dios, ¿por qué permitiste que esto pasara?”.

¿Alguna vez te sentiste de esa manera?

Tal vez conozcas exactamente el tipo de emociones y pensamientos de los que estoy hablando por haber tenido ya tu cuota de los mismos. Quizá experimentaste el dolor del alejamiento de tu pareja o la traición de un socio de negocios. Puede ser que hayas experimentado la destructora injusticia de haber entregado los mejores años de tu vida por tus hijos, solo para verlos alejarse de ella, indiferentes e ingratos por todo lo que hiciste por ellos. O, puede haberte ocurrido que luego de sacrificar horas interminables y cantidades significativas de dinero para cuidar a tus padres, sentiste el impacto y la confusión de ser privado de tu herencia. Tal vez sepas cómo se siente trabajar más duramente, mejor y por más tiempo en tu trabajo para luego ver cómo otros reciben las promociones porque conocen al jefe o jugaron el juego de la política de oficina. Puede ser que tú, como yo, hayas luchado por explicarle a tu hijo o hija que juega en el equipo deportivo infantil por qué tiene que permanecer en el banco de suplentes a pesar de ser mucho mejor jugador que el hijo del entrenador, quien siempre juega por más tiempo. Cuando recibimos un trato injusto tendemos a desanimarnos emocionalmente. Allí era donde yo estaba aquella noche.

De acuerdo, Dios, háblame o me marchó

Cuando regresé a mi dormitorio aquella noche tomé mi Biblia y le di

un ultimátum a Dios. Había aprendido cómo escuchar la voz de Dios al leer la Palabra. Así que abrí mi Biblia. Había estado leyendo los Salmos. Planeaba darle a Dios tres, quizás cuatro capítulos. Si no me hablaba de manera que le encontrara sentido a este trato injusto que acababa de recibir iba a abandonar la vida cristiana.

Para mi manera de pensar, Dios no estaba cumpliendo con su parte en la relación. Parecía que cuanto más me comprometía con Dios y cuanto más sacrificaba, más me sentía como un tonto cada vez que era tratado injustamente. Esta noche había sido lo peor. Si esa era la manera en la que iba a transcurrir la vida cristiana, entonces no parecía valer la pena. No podía adorar a un Dios así, no lo haría.

Yo no crecí leyendo la Biblia, así que este hábito no era muy viejo para mí. De hecho, nunca había abierto una Biblia hasta que cumplí los dieciocho años. Pero aún siendo un cristiano nuevo, Dios me había hablado clara y poderosamente por medio de su Palabra. A este punto, sin embargo, ni siquiera estaba seguro de si Dios quería encontrarse conmigo en sus páginas; especialmente cuando estaba renegando de él.

¿Cómo me iba a tratar Dios cuando cada fibra de mi ser estaba gritando: “Dios, ¡esto es injusto!”? No estaba seguro de que me importara. Tomé la Biblia donde había dejado de leer anteriormente y leí el siguiente salmo. Nada ocurrió. Las palabras marchaban a través de mi mente, yendo a alguna otra parte. Leí otro salmo, nada más que un silencio vacío. Ningún versículo saltó de la página. Empecé a sospechar que mis temores acerca de Dios podían probar ser ciertos.

Miré a la siguiente página, al Salmo 73, e inmediatamente sentí algo diferente. En los siguientes breves minutos tuve un encuentro con Dios que marcó el resto de mi vida. Me habló de una manera que nunca antes había experimentado. No tenía idea de que el Dios del universo podía interactuar con un simple humano de una manera tan personal y poderosa.

Me senté en mi cama con lágrimas en los ojos, el enojo llenando mi corazón, la confusión empañando mi alma, pero mientras leía el salmo en voz alta, haciendo una pausa luego de cada versículo, el Espíritu de Dios trajo pensamientos e imágenes a mi mente. Era como si tuviera una grabadora de vídeo en mi cabeza y acabara de pasar de “Pausa” a “Reproducir”. Dios me mostró escenas de lo ocurrido más temprano aquella noche y repitió exactamente las mismas palabras que había dicho en voz alta mientras cruzaba los jardines de la universidad. Leí las declaraciones de las Escrituras, casi idénticas a las que yo mismo había hecho.

No quiero que esto suene demasiado místico, pero Dios me habló tan personalmente que supe que me estaba encontrando con el Dios viviente. No pretendo que Dios me hable con tanta claridad regularmente, pero tampoco estoy dispuesto a minimizar este poderoso evento.

## SALMO 73

A continuación presento un registro de lo que ocurrió en mi mente y corazón aquella noche, mientras leía el Salmo 73.

¡Ciertamente bueno es Dios para con Israel,  
para con los limpios de corazón!  
En cuanto a mí, por poco se deslizaron mis pies;  
casi resbalaron mis pasos  
porque tuve envidia de los arrogantes  
al ver la prosperidad de los impíos.  
Pues no hay para ellos dolores de muerte;  
más bien, es robusto su cuerpo.  
No sufren las congojas humanas



ni son afligidos como otros hombres.  
Por eso la soberbia los ciñe cual collar,  
y los cubre un vestido de violencia.  
Sus ojos se les salen de gordura;  
logran con creces los antojos de su corazón.  
Se mofan y hablan con maldad;  
desde lo alto planean la opresión.  
Dirigen contra el cielo su boca,  
y su lengua recorre la tierra.  
Por eso mi pueblo va hacia ellos  
y bebe de lleno sus palabras.  
Ellos dicen: “¿Cómo sabrá Dios?”  
o “¿Habrà conocimiento en el Altísimo?”.  
He aquí, estos impíos siempre están tranquilos  
y aumentan sus riquezas.  
¡Ciertamente en vano he mantenido puro mi corazón  
y he lavado mis manos en inocencia!  
Pues he sido azotado todo el día,  
empezando mi castigo por las mañanas.

Versículos 1-14

¡Leer el Salmo 73 era como leer mi propia biografía! Mis esfuerzos para seguir a Jesús y vivir de la manera que él quería que yo viviera eran repentinamente vanos. Había salido con la mejor chica de la universidad. Había hecho un compromiso para manejar nuestra relación a la manera de Dios y permanecer en pureza sexual. Con ese compromiso lo único que obtuve fue ser ridiculizado y objeto de burla de mis amigos. Todos los otros muchachos estaban fuera divirtiéndose (había cuatro chicas por cada muchacho en la universidad).

Estaba en una situación demasiado incómoda porque estaba tratando de hacer lo que Dios dice que es correcto. ¡Tenía más problemas

y frustraciones como cristiano de los que recordaba haber tenido antes de comprometerme con Jesús! Pero ahora parecía que todo lo que tenía eran luchas y problemas. Y peor aun, la mejor relación que jamás había tenido había terminado por estar siguiendo a Cristo. ¡Había elegido obedecer la voluntad de Dios para mi vida y a cambio sentía que era víctima de un trato injusto!

Si yo dijera: “Hablaré como ellos”,  
he aquí que traicionaría a la generación de tus hijos.  
Pensé para entender esto;  
ha sido duro trabajo ante mis ojos

Versículos 15, 16

Me costaba creer que otro ser humano hubiera tenido justamente esos mismos pensamientos. ¡Algunas de las mismas frases que usé estaban justo allí, en la página! ¡Era aterrador! Sentí que se me erizaba la nuca mientras leía este renglón: “Si dijera yo: Hablaré como ellos”, porque se me había cruzado por la mente lo que sucedería si le hubiera dicho a alguien aquellas cosas que murmuré para mí mismo. ¿Qué hubiera pasado si hubiera dicho que iba a renunciar a mi fe? ¿Cómo hubiera impactado eso a los seis chicos que estaban en mi grupo de estudio bíblico? Me reunía con ellos todas las semanas, había tenido el privilegio de guiar a cinco de ellos a los pies de Cristo y realmente estaban empezando a crecer en la fe. ¿Qué les hubiera ocurrido si yo renunciaba a la fe cristiana o si ellos me escuchaban hablar de la posibilidad de tirar la toalla? “Dios”, dije, “todavía estoy enojado contigo, pero no sé si podría dejar de seguirte”.

...hasta que, venido al santuario de Dios,  
comprendí el destino final de ellos.

Versículo 17

## ¡ENCUENTRA A DIOS CUANDO MÁS LO NECESITAS!

El salmista Asaf estaba diciendo que no podía entender los tratos injustos de su vida. Yo tampoco podía. Entonces vino delante de Dios, le adoró y reflexionó en la vida a la luz de lo eterno. Venir ante la presencia de Dios y recibir una perspectiva diferente le ayudó a ver que los malvados, aquellos que se burlan de Dios, no se saldrán con la suya para siempre.

Mi corazón empezó a ablandarse. Mi perspectiva empezó a cambiar. Mientras dejaba de concentrarme en mi dolor y enojo tuve un vistazo del punto de vista de Dios de toda aquella situación.

Ciertamente los has puesto en deslizaderos  
y los harás caer en la decepción.  
¡Cómo han sido desolados de repente!  
Se acabaron; fueron consumidos por el terror.  
Como al despertar del sueño,  
así, Señor, al levantarte  
despreciarás sus apariencias.

Versículos 18-20

¡Sí!, había más en la vida de lo que estaba ocurriendo justo en aquel momento. Podía ser que se viera como que los malvados estaban siendo beneficiados y que les iba muy bien, después de todo, aquel tipo estaba allí afuera con mi novia; pero él estaba en terreno resbaladizo. ¿Cuántas veces había visto suceder eso mismo? Un día estas personas eran grandes estrellas, ganando todo el dinero, orgullosos, arrogantes, burlándose de Dios, y entonces, ¡zás!, Dios les movió el piso. Las personas que desprecian a Dios y lo tratan como si él fuera solo una fantasía, un día encuentran que las cosas han cambiado. ¡El salmista estaba haciendo el mismo tipo de análisis que yo estaba haciendo en mi corazón en aquel mismo momento!

De veras se amargaba mi corazón  
y en mi interior sentía punzadas.

Pues yo era ignorante y no entendía;  
yo era como un animal delante de ti.

Versículos 21, 22

Sí, aquellas palabras me describían. Estaba tan enojado que actuaba sin sentido. No estaba pensando correctamente. Pensaba solo en las causas y en los efectos inmediatos. Inclusive había usado palabras similares: “Soy como una bestia”. ¿Cómo podía haber una coincidencia tan grande que las propias palabras que había hablado y los propios sentimientos que sentí me estaban esperando en mi dormitorio en las páginas de la Palabra de Dios? ¿Cómo más podía explicar aquello sino en el sentido de que Dios sabía que yo acababa de recibir un tremendo sacudón en mi fe?

Con todo, yo siempre estuve contigo.

Me tomaste de la mano decha.

Me has guiado según tu consejo,  
y después me recibirás en gloria.

Versículos 23, 24

¡Allí estaba mi respuesta! Pensé en todo lo que Dios había hecho por mí. Había sido un cristiano por solo tres años pero podía ver cómo Dios me había guiado; aun a tomar la difícil decisión de terminar con el noviazgo, lo que había sido una buena decisión en varios sentidos. Dios había respondido oraciones específicas, me había dado paz por primera vez y había cambiado mi vida. También sabía que mi futuro estaba asegurado por la obra de Jesús en la cruz. Estaba seguro en el conocimiento de que pasaría la eternidad en el cielo.

Mientras consideraba el pasaje me di cuenta de que no estaba conforme con mi vida en aquel momento. Pero mi incomodidad y frustración de aquel momento tenían que ser vistas a la luz de la

figura mayor, que incluía la eternidad. Y a pesar de estar airado sabía que mi relación con Dios, esa misma que estaba experimentando al encontrarme con Dios en aquel mismo salmo, era la cosa más real, firme y poderosa que me había ocurrido en la vida.

¿A quién tengo yo en los cielos?

Aparte de ti nada deseo en la tierra.

Mi cuerpo y mi corazón desfallecen;

pero la roca de mi corazón y mi porción  
es Dios, para siempre.

Versículos 25, 26

Tengo a Dios, concluí, y él está a mi favor. Mi relación con aquella chica, un buen empleo, amigos, dinero, éxito, aquellas cosas no eran seguras. Todo eso me abandonaría: ¡pero Dios siempre estaría allí para mí!

Mientras mi enojo se aplacaba me di cuenta de que solo Dios era mi seguridad; y esa seguridad no dependía de cómo me sintiera en cualquier momento en particular.

Mis pensamientos se transformaron en una oración vacilante y entrecortada: “Espero poder decir esto algún día, Señor, pero justo ahora no lo puedo decir sinceramente”. Entretanto, el centro de mi atención estaba cambiando de la chica que perdí al Dios que estaba allí para mí.

El Espíritu Santo parecía haber dictado este salmo para ayudarme específicamente a mí de una manera que nunca imaginé que fuera posible. Mientras leía la palabra “porción” en este versículo, una figura vino a mi mente. Me imaginé que la vida era como un pastel. Cada uno recibe una porción. Yo había pensado que la porción que me dejaría satisfecho era compartir mi vida con aquella chica. Pero Dios me estaba diciendo directamente: “Yo seré tu porción, Chip. Yo soy todo lo que necesitarás. Solo yo, Chip; yo y nada más.

Sería agradable tenerme a mí y un excelente trabajo, o a mí y esto o aquello; pero yo soy todo lo que necesitas para quedar satisfecho. Nunca te defraudaré”.

Cuando el Espíritu de Dios habló aquellas palabras a mi corazón, lo que quedaba de amargura y enojo se terminaron de disipar. Clamé con las palabras de ese versículo: que solo Dios es mi porción, mi única porción suficiente del pastel de la vida. Esta verdad ha permanecido conmigo desde entonces.

Porque he aquí, los que se alejan de ti perecerán;  
pues tú destruirás a todo aquel que se prostituye  
apartándose de ti.

En cuanto a mí, la cercanía de Dios constituye el bien.  
En el SEÑOR Dios he puesto mi refugio  
para contar todas tus obras.

Versículos 27, 28

Al terminarse el salmo me di cuenta de que había dado un giro emocional y espiritual de 180 grados. Había estado tan enojado, tan amargado, tan herido. En mi ira le había dicho a Dios: “Si no me hablas esta noche, me marchó”. Aunque no había orado reverentemente (y probablemente tampoco sabiamente) sino como resultado de una ira extrema resultante del trato injusto que había recibido, Dios me escuchó en mi agonía. Y me habló, claramente. Yo necesitaba volverme hacia algún lugar, así que me volví hacia este salmo y terminé encontrándome con Dios allí. No solo me habló, sino que más aun, Dios me mostró algunas acciones saludables que podía poner en práctica en respuesta a esos tiempos en los que recibo un trato injusto.

¿Qué trato injusto está consumiéndote hoy?

¿Qué trato injusto ha ocurrido en tu vida? ¿Necesitas ayuda para superar la injusticia con la que se te ha tratado? ¿Estás luchando

porque la vida no es justa? ¿Has empujado esos sentimientos de enojo tan profundamente que aun niegas su existencia? ¿O ya te has alejado de Dios por haber sufrido injusticias, tal vez a manos de cristianos, y ahora cuestionas, como lo hice yo, la bondad, el carácter y la fidelidad de Dios? Si es así, deja que Dios te hable hoy a través del Salmo 73.

Antes de seguir leyendo, permíteme hacerte una pregunta: ¿Cuál ha sido la mayor injusticia que has sufrido en la vida? Por favor, toma un momento ahora mismo para detenerte y pensar al respecto. Quiero que leas el resto de este capítulo con una injusticia específica en mente. Quiero que traigas a la superficie algunos de esos recuerdos dolorosos: ¿Quién te traicionó? ¿Quién murmuró acerca de ti? ¿Quién te estafó económicamente? ¿Quién te puso piedras en el camino? ¿Quién te trató injustamente en el trabajo? ¿Quién habló a tus espaldas en la iglesia? ¿Quién dijo cosas que ni siquiera eran ciertas pero que otros creyeron, lo que te hirió profundamente? ¿Qué ocurrió, más allá del control humano, pero que parece tan injusto que no puedes entender cómo Dios pudo permitir que ocurriera? ¿Qué ocurrió en tu vida que parece absolutamente injusto?

Déjame ir un poco más profundo. ¿Estuvieron tu papá o mamá, abuelos o hermanos involucrados? ¿Tu esposa, esposo, mejor amigo o uno de tus hijos fueron parte de ello? Aléjate de la página un momento y pídele a Dios que te permita enfrentar esos recuerdos, aun si son dolorosos. Cuanto más claros se vuelvan para ti, más preparada estará la Palabra de Dios para alcanzarte en el punto de tu necesidad.

Dios está siempre disponible para nosotros. Dios no solo se encuentra con nosotros en su Palabra, sino que también él quiere enseñarnos por su intermedio. Mientras experimentamos su presencia quiere equiparnos. Cubre nuestras necesidades y luego nos prepara para el futuro. Las siguientes cuatro lecciones para la vida, extraídas del Salmo 73, han sido particularmente útiles para mí al enfrentar los tratos injustos en la vida.

## LECCIÓN PARA LA VIDA 1: Derrama tu corazón a Dios

Esto es exactamente lo que hizo Asaf mientras escribía el Salmo 73, él ¡derramó su corazón! Aun las personas piadosas luchan con las dudas y la confusión cuando la verdad de Dios y su propia experiencia parecen no coincidir. Las dificultades no significan automáticamente que hay algo mal en ti o que eres una mala persona. También pueden significar que la vida no siempre tiene sentido. Algunas veces, la verdad de Dios (que Dios es bueno y controla todo) y nuestra experiencia (la vida es complicada) no concuerdan. Eso fue lo que me sucedió a mí; eso fue lo que le sucedió a Asaf; le ocurrió a otros personajes bíblicos, y tengo la sensación de que probablemente a ti también te haya ocurrido.

Asaf servía como uno de los tres directores de coro del rey David. Fue uno de los líderes de alabanza del Antiguo Testamento. Sus composiciones, inspiradas por el Espíritu Santo, encontraron su lugar en la Biblia y aún son cantadas hasta el día de hoy. Cuando su experiencia y la verdad de Dios parecieron no coincidir, este hombre maduro, piadoso, derramó su corazón delante de Dios, que es lo que quedó registrado para nosotros en este salmo.

Otro personaje del Antiguo Testamento, Job, hizo la misma cosa, y fue llamado el hombre más justo del planeta. Perdió sus posesiones, sus hijos y su salud. Dijo: “Dios, ¡estoy enojado! ¡No entiendo lo que está sucediendo ni por qué!”. En Job 29:31, Job luchó con el trato injusto que recibió y se esforzó por manejar la tensión de permanecer aferrado a la bondad y soberanía de Dios mientras hacía frente a las trágicas dificultades que estaba experimentando.

Lo que me maravilla de la historia de Job es que Dios nunca se enojó con él por expresar honestamente su confusión, frustración y enojo. Dios aceptó la herida de Job, su dolor, y todo lo que surgió de su corazón sufriente. Como Job, nosotros también somos recibidos con agrado para decirle a Dios cuánto dudamos y cómo, algunas



veces, nos preguntamos si a él realmente le importa. Él puede manejar nuestras airadas acusaciones, nuestros agobiantes temores, y aun nuestra quemante ira e indignación. Claro, debemos conservar la suficiente reverencia y humildad como para darnos cuenta de que no estamos viendo el panorama completo. Pero Dios nos permite derramar nuestros corazones delante de él.

Así que, ¡adelante! Permítete derramar honestamente tu corazón acerca de los tratos injustos que has recibido. Deja ya de conservar todo encerrado en tu interior, criando capas de callosidad entre tú y el Dios que te ama. Dios reprendió a Job, pero nunca le dijo: “Job, no me hables de esa manera”. Dios quiere que saquemos afuera nuestra ira, dolor, confusión y dudas delante de él. Luego nos capacita para alcanzar el punto que Job finalmente alcanzó, cuando reconoció que el funcionamiento de la bondad y soberanía de Dios es un misterio para nosotros los mortales. Esto es especialmente cierto cuando somos tratados con injusticia.

Saber que Dios quiere que derramemos nuestros corazones delante de él nos libera. De hecho le ayudaría saber que Dios nos llama a contender nuestra causa delante de él. Anhela tanto la relación con nosotros que nos invita a hacerlo. Isaías 43:26 dice: “Hazme recordar, entremos en juicio justamente; habla tú para justificarte”. Cuando yo estaba más enojado con Dios de lo que nunca había estado en la vida, cuando dejé que mi ira saliera humeando honestamente en su presencia, tuve un encuentro con él como nunca antes. Y para mi asombro, luego que presenté mi causa delante de él aquella noche, me cubrió con compasión.

El Salmo 145:18 declara: “Cercano está Jehová a todos los que le invocan, a todos los que le invocan de veras”. Esas solo son buenas noticias si tenemos el anhelo de enfrentar el trato injusto que se ha atravesado en nuestro camino. ¿Puede ser que hayas sido tratado con injusticia pero que simplemente no lo enfrentes? ¿Tienes temor de reconocer tu enojo abiertamente delante de Dios? ¿Tienes temor

de reconocer que estás enojado? El enojo es una respuesta razonable ante la injusticia, especialmente si has dedicado tu vida a un Dios equitativo y justo. Muchos cristianos se niegan a reconocer semejantes sentimientos y pensamientos. ¿Puede ser que no quieras tratar con tu dolor, tus heridas, tu enojo, así que sigues empujando el enojo al fondo de tu corazón cada vez que sale a la superficie? Si es así, reconoce que la ira reprimida tiene que ir a alguna parte. Queda plantada en tu cuerpo y hace erupción en la forma de úlceras, migrañas, amargura, resentimiento, prácticas privadas referentes a la situación injusta que tuviste que atravesar y explosiones de ira desconectadas de su fuente real. Así que no permitas que estas emociones fuertes que estás experimentando se agraven. En lugar de eso, derrama tu corazón delante de Dios.

Quiero sugerirte amablemente que detengas la lectura y tomes un momento ahora mismo para derramar tu corazón delante de Dios específicamente en cuanto al trato injusto que identificaste unos párrafos más arriba en este capítulo. Encuéntrate un lugar tranquilo y dile a Dios honestamente cómo te sientes. Echa todo sobre la mesa. Cuéntale lo que realmente te está molestando y que sientes que no es justo. Dile lo que piensas, punto por punto, y cuéntale por qué ves las cosas como las ves. Este es el primer paso hacia la experiencia de la compasión, el amor y la sanidad del dolor y las heridas que recibiste. Creo que cuando hagas esto, te encontrarás con Dios allí mismo.

## LECCIÓN PARA LA VIDA 2: Considera cuidadosamente tus alternativas

Si ya has dado el primer paso y has derramado tu corazón delante de Dios, estás listo para el segundo paso. Eso es lo que vemos que hace Asaf en el Salmo 73:12-14. Se detuvo y consideró cuidadosamente el impacto que sus opciones podrían llegar a tener en otros. Verás, algunas de las decisiones más importantes que tomamos tienen lugar

cuando elegimos *cómo* responder a los tratos injustos que recibimos. Pocas cosas son tan difíciles de enfrentar emocional y espiritualmente como la injusticia. Es en ocasiones como esta cuando nos sentimos tentados a renunciar a nuestra fe y decirle sencillamente a Dios que no vale la pena.

Así que si tú te sientes tentado a renunciar a tu fe o a responder injustamente como producto del enojo, te animo a que peses cuidadosamente el impacto que esa decisión tendrá en tu propia vida y en la de los otros. Este fue un momento estratégico en la manera de pensar de Asaf, y marcó un punto de retorno en su vida. Estaba airado, pero reconoció: “Si dijera yo: Hablaré como ellos, he aquí, a la generación de tus hijos engañaría” (Salmo 73:15). Se dio cuenta de que sus acciones debilitarían la fe de otras personas en el Señor. Como ves, en realidad nunca hacemos nada en la soledad. Mis acciones y las tuyas siempre afectan a la red de personas a nuestro alrededor.

Mientras el Espíritu de Dios me llevaba a través del Salmo 73 aquella noche tan especial, me imaginé a los seis hombres de mi estudio bíblico estudiantil abandonando la fe al enterarse que yo había renunciado a ella. Ese pensamiento en particular me motivó a hacer una pausa y pensar seriamente las posibles consecuencias de cualquier acción que tomara. Es muy sencillo llegar a actuar irracionalmente cuando estamos airados y sufriendo. Algunas de nuestras acciones más necias son el producto del enojo y la amargura cuando alguien ha sido injusto con nosotros. Todos hemos dicho y hecho cosas que desearíamos no haber dicho y hecho. Estas palabras y acciones fuera de lugar generalmente ocurren cuando estamos reaccionando ante el dolor de la injusticia.

Por tanto, te pido, mientras revives emocionalmente el trato injusto que enfrentaste en la vida, que incluyas esta lección de vida. Considera cuidadosamente, delante de Dios, todas las implicaciones posibles de las acciones que se te ocurran. Considerar los efectos de

tales decisiones en las vidas de otros puede evitar que hagamos algo lamentable, de lo que tendríamos que arrepentirnos.

Tal vez estas palabras de advertencia lleguen tarde para ti. Puede ser que ya hayas abandonado tu fe o hayas dejado que tu vida cristiana se adormezca. Quizás te hayas alejado de tu grupo de estudio bíblico o diste por terminada una relación en un momento de ira. Puede ser que te hayas sentido bien al hacerlo, en el momento, pero desde entonces lo has lamentado, tienes remordimientos, te pesa, a ti y a otros. Es posible que estos últimos párrafos hayan removido viejas heridas que habían estado habitando en el subsuelo de tu vida por largo tiempo.

Quizás tú seas alguien que aún le dedica momentos ocasionales a Dios y se mantiene activo a un nivel superficial del ministerio, pero que nunca hayas enfrentado realmente el trato injusto que él permitió que recibieras hace algunos años. Reaccionaste a un nivel emocional y ahora estás viviendo a la sombra de decisiones que ahora reconoces que no fueron las mejores para ti o para otros. Ahora ves el perjuicio que has ocasionado, pero no sabes cómo repararlo.

Si esto te describe, la Palabra que Dios te da hoy es que nunca es tarde para reconsiderar y escoger un curso de acción mejor. La vida no es justa, pero no enfrentar lo que te sucedió o distanciarte de Dios porque él permitió que sucediera no es la mejor decisión. No resuelve nada, no cambia lo que ocurrió. No alivia el dolor. Espero que hoy elijas reconsiderar, porque tarde o temprano terminamos enfrentando lo que nos sucede, de una manera o de otra. Es mejor traerle a Dios el trato injusto recibido y dejar que él te ayude a manejarlo.

Que el Espíritu de Dios tenga libertad en tu corazón en este momento para darte el valor de examinar honestamente en qué punto estás, en qué punto has estado y dónde Dios quiere llevarte. Nunca es tarde para reconsiderar el impacto de las decisiones que tomaste en aquellos momentos en los que habías sido lastimado.

### LECCIÓN PARA LA VIDA 3: Considera el panorama amplio

La tercera lección de vida que te ayudará cuando recibas un tratamiento injusto es obtener una perspectiva más amplia de tu situación. Accede al panorama más amplio. El salmista nos enseña que necesitamos entrar en la presencia de Dios (el santuario de Dios), ponernos a la luz de la verdad y recuperar la perspectiva eterna. Esto nos permitirá considerar el trato injusto que tenemos entre manos y ver lo que es realmente importante y lo que no lo es. Podemos ver cómo esto sucedió con Asaf cuando detuvo su caída progresiva. Al tener que evaluar su experiencia se dio cuenta de que su forma de pensar era limitada y temporal.

En el versículo 2 Asaf dice: “yo estuve a punto de caer, y poco me faltó para que resbalara” (NVI); en otras palabras, estaba a punto de renunciar. Pensaba que vivir para Dios era una pérdida de tiempo. Suena como que estaba a punto de renunciar a su relación con Dios. En el versículo 13 pensó: “¿de qué me sirve tener mi corazón limpio...?” (NVI). Pero algo ocurrió cuando entró en el santuario de Dios. Entonces recordó el destino de los malvados. En otras palabras, en el esquema temporal de las cosas los malos ciertamente parecen prosperar. El camino de ellos parece fácil, mientras que aquellos que procuran vivir una vida justa de acuerdo a las reglas de Dios parecen llevar la parte más difícil. Asaf pudo acceder a una perspectiva más amplia al mirar a la situación, ya no a través del cristal del tiempo, sino desde una perspectiva eterna.

Dios usará el trato injusto al que fuiste sometido para edificar tu carácter, para cambiar tu vida, para darte un testimonio, y para alcanzar un mayor propósito. Pero tú debes afirmarte allí, confiando que Dios dirigirá todo a un buen final. La única manera en que puedes tener la fe necesaria para soportar las situaciones que no tienen sentido en el presente es dejar de concentrarte en las circunstancias

y volver a considerar el panorama completo. La lectura de los relatos bíblicos de las personas por las que Dios hizo esto puede animarte en el proceso. (Génesis 5:1-5; Santiago 1:2-4).

También ayuda considerar las experiencias de otras personas que fueron víctimas de la injusticia. Hay una pareja en nuestra iglesia que ha atravesado muchas situaciones injustas, pero su actitud me maravilla. Dios usó sus experiencias de pesadilla y las transformó en dos historias de gracia admirable. Permíteme contarte brevemente lo que ocurrió.

A los dieciocho años Jaime era una estrella de un equipo de fútbol. Una noche vio a dos tipos peleando y trató de separarlos. Uno de ellos sacó un arma y le disparó a Jaime a quemarropa. Quedó paralítico, acabada su carrera como deportista y su futuro impredecible. Tuvo que soportar treinta cirugías importantes para lidiar con las complicaciones, y por poco murió varias veces.

Él me lo describió así: “Al principio, cuando fui herido, no conocía al Señor. Era un atleta, así que traté de superar toda la situación siendo física y mentalmente fuerte. Pero los desafíos se fueron volviendo más difíciles a medida que pasaba el tiempo. No podía superarme por mi propia cuenta. Entonces encontré a Cristo, y fue como si el Señor se hubiera unido al equipo. Eso hizo las cosas un poco más sencillas. Empecé a confiar en el Señor. Me ayudó a superar los tiempos en los que pensé que solo no lo hubiera logrado”.

Jaime es mentalmente un atleta intenso, tenaz. Tiene mucha fuerza de voluntad. Su lucha, me dijo, es para resistir la tentación de intentarlo por sí mismo y confiar realmente en Dios, creyendo que Dios transformará una situación para manifestar el bien. Cuando le pedí a Jaime que me dijera exactamente qué bien surgió de todo esto, me dijo: “Ha habido muchas cosas buenas. Creo que la más importante es mi relación con el Señor. La segunda fue que Dios me enviara a Laura, mi esposa. Ella es una mujer absolutamente maravillosa. Yo solía orar: ‘Dios, si quieres que me case envíame la mujer con la que

quieres que esté’. Como él no lo hizo, le dije: ‘De acuerdo, supongo que no quieres que tenga una esposa’. Bueno, Dios lo hizo, y conocí a Laura aquí en la iglesia”.

Jaime no se entregó a la autocompasión, y tampoco pensó que había sido víctima de la injusticia. Me dijo: “Cuando recibí el disparo pensé: ‘No puedo caminar, pero debe haber algo que pueda hacer’. No tenía la menor idea de qué sería. Con la ayuda de Dios llegué a encontrar muchas cosas que puedo hacer”.

Jaime jugó en silla de ruedas en el equipo olímpico de básquetbol de los Estados Unidos de América y ganó una medalla de oro. Es un maratonista sobre ruedas de nivel mundial y ha viajado por todo el mundo, para competir y como misionero. Formó un equipo con Joni Eareckson Tada y comparte cómo Cristo tomó su situación y la transformó en bendición.

Recordó un momento cuando estaba en la línea de largada de la prueba de mil quinientos metros de los Juegos Olímpicos. “El evento final del pentatlón (una competencia que combina cinco eventos) estaba por comenzar cuando miré hacia arriba y me vi en la pantalla gigante con mi nombre, indicando que estaba representando a los Estados Unidos de América. Pensé: ‘¡Oye! ¡Esto es genial! Gracias, Señor, ¡esto es lo máximo!’ ”.

Le pregunté a Jaime cómo hizo para seguir adelante, aun con todos los desafíos físicos que enfrenta día a día. Me dio este ejemplo: “Digamos que he tenido una maratón realmente difícil, que son cuarenta y dos kilómetros, pero sé desde el principio de la carrera que por más difíciles que sean las colinas o si hay una bajada pronunciada, o si me canso mucho, ganaría. ¿Entraría en la carrera? Por supuesto. Como lo harías también tú. Es la misma idea que manejo en cuanto a mi relación con Dios. Tengo una ventaja. Leo el final del libro y conozco el final de la historia. Nosotros ganamos. No importa lo que tenga que soportar aquí, tengo mi esperanza en la meta y la ceremonia de entrega de las medallas”.

## LECCIÓN PARA LA VIDA 4: Reafirma tu relación con Dios

Nos hemos concentrado en Asaf cuando estaba derramando su corazón delante de Dios. Finalmente, Asaf estaba en condiciones de pasar de sus emociones a una evaluación lógica, al considerar sus opciones y el impacto que podían llegar a tener sobre otros. Al principio del salmo lo vemos desanimado porque está siendo tratado injustamente mientras los malvados prosperan, pero eso solo sucede hasta que entra en el santuario de Dios.

Cuando empieza a ver las injusticias del presente a la luz del juicio venidero y a la luz de la eternidad, su corazón empieza a cambiar. Al final llega al punto cuando ve a Dios en el cielo y dice: “¿A quién tengo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra” (v. 25).

Vemos un cambio significativo en el pensamiento de Asaf cuando pasa de procesar su difícil situación a concentrar su corazón en la persona de Dios. Entonces reafirma su relación con Dios diciendo: “Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre” (v. 26). Cuando llegamos al versículo 28, Asaf dice: “Pero en cuanto a mí, el acercarme a Dios es el bien; he puesto en Jehová el Señor mi esperanza, para contar todas tus obras”.

Aun cuando empezó luchando con el sentimiento de que estaba siendo víctima de la injusticia, finalmente llegó a darse cuenta de que estaba siendo el beneficiario de la mejor parte: una relación personal y eterna con el Dios viviente.

Para el final del Salmo 73, Asaf ya no está lamentándose por ser víctima de la injusticia. Ha caído en la cuenta de que el cielo le espera. El Dios Soberano que reina desde el cielo tiene todo bajo control; los malvados pagarán por sus maldades, y Dios hará que finalmente todo beneficie a Asaf. La verdad es que, después de todo, eso no suena como un mal negocio, ¿no es así?



Dios quiere hacer lo mismo contigo. ¡Dios quiere tomar las peores situaciones que se cruzan en tu camino y usarlas para tu bien! En cierto momento, cuando hablaba con Jaime, el hombre de la historia que ya compartí, le pregunté:

—Jaime, ¿qué diferencia ha introducido tu relación con Cristo en relación a la manera como enfrentas las injusticias de las que has sido víctima?

Sonrió pícaramente y me dijo:

—¿Qué te hace pensar que fui víctima de una injusticia?

# ¡ENCUENTRA A DIOS CUANDO MÁS LO NECESITAS!

Dios está esperando encontrarte en medio de tus momentos más difíciles. No importa lo que la vida ponga en tu camino. Chip Ingram te muestra cómo encontrar la ayuda y guía de Dios aun en tus más desesperadas circunstancias. Experimentando los altibajos de las profundidades emocionales y espirituales de los Salmos, Chip muestra cómo pasar de “*conocer acerca de Dios*” a experimentar profundamente su presencia y poder en tu vida como un pastor vigilante, una poderosa fortaleza, un amante creador y mucho más.

Si estás luchando con relaciones conflictivas, crisis inesperadas o depresión, ¡ENCUENTRA A DIOS CUANDO MÁS LO NECESITAS! te recordará que el Señor es fiel para oír tu corazón y estará contigo pase lo que pase.



Chip Ingram es el pastor de la iglesia *Venture Christian Church* en Los Gatos, California y presidente de *Living on the Edge*, un ministerio de enseñanza y aprendizaje internacional.

Un pastor durante más de veinticinco años, con una capacidad única para comunicar la verdad y desafiar a las personas a vivir su fe, Chip es el autor de muchos libros, incluyendo *Amor, sexo y relaciones duraderas*, *Guerra espiritual* y *Sexo 180* publicados por Casa Bautista de Publicaciones/Editorial Mundo Hispano.



[www.editorialmundohispano.org](http://www.editorialmundohispano.org)

47054

Vida cristiana/Vida práctica/Crecimiento personal

ISBN - 0 - 311 - 47054 - 8  
ISBN - 978 - 0 - 311 - 47054 - 9



9 780311 470549



